

## FICHA 6

# Vivimos el carisma marista en una nueva familia de seguidores de Jesús, al estilo de María.

*“El MCFM, nace de una clara vocación de comunión, fomentando el espíritu de familia. La fuerza del espíritu de familia congrega a los que vivimos el carisma marista en una nueva familia de seguidores de Jesús, al estilo de María.”*

(PVMC 10)



## IDENTIFICACIÓN

El espíritu de familia es una característica fuerte de nuestro carisma, parte fundamental de la herencia que nos legó Marcelino. Es nuestro gran signo profético. Nos hace confiar en el otro, aceptar los propios límites y sacar a la luz lo mejor que Dios nos ha dado. Queremos que nuestras familias, a ejemplo de Nazaret y La Valla, sean familias abiertas, manantiales abundantes que multiplican la vida en los hijos, en la misión y en la cercanía a los que nos necesitan. La nueva familia de seguidores de Jesús nos convoca en torno a la misma mesa a laicos y hermanos, donde la comunión se hace complementación de nuestras vocaciones específicas y de nuestros diferentes estados de vida.

## *Itinerario personal*

### 1. EN UNA NUEVA FAMILIA

(PVMCH 9 – 11)

#### 2.2 LA VIDA COMPARTIDA

### A IMAGEN DE LA FAMILIA DE NAZARET

Tanto en La Valla como más tarde en el Hermitage, Marcelino Champagnat, propuso a los hermanos que cultivaran en su vida el espíritu de familia de Nazaret. Es un espíritu que se caracteriza por la sencillez, la confianza, la alegría, la generosidad, la ternura, el perdón y la ayuda mutua.

El espíritu de Nazaret se hace vida en nuestra familia. En ella crecemos como personas y seguidores de Jesús. En ella maduramos como pareja, en el cuidado de los hijos y de los padres. Trabajamos para que reine la unión entre sus miembros a fin de que todos puedan vivir dignamente y cada uno encuentre su propio lugar.<sup>1</sup>

De igual manera, tratamos de vivir este mismo espíritu en nuestro Movimiento. Como las primeras comunidades cristianas, compartimos fe y vida, e incluso los bienes materiales cuando sentimos que Dios nos invita a hacerlo.

Celebramos en fraternidad el amor de Dios entre nosotros, en ocasiones a través del signo sacramental (matrimonio, bautismo, eucaristía, unción de enfermos).

El espíritu de familia no sólo se manifiesta en los momentos gratos y felices, sino, sobre todo, cuando hay dificultades, enfermedad y dolor. En estas circunstancias, cada miembro muestra con delicadeza su cercanía, ofreciendo apoyo efectivo y consuelo.

## UNA FAMILIA EN COMUNIÓN

---

El MCFM nace con una clara vocación de comunión, fomentando el espíritu de familia. La fuerza del espíritu de familia congrega a los que vivimos el carisma marista en una nueva familia de seguidores de Cristo, al estilo de María. La mesa de La Valla es un símbolo de la relación que nos une<sup>2</sup>.

Cuando hermanos y laicos compartimos vida, misión y espiritualidad, llegamos a conocernos cada vez mejor, y constatamos con alegría que somos unos para otros un don de Dios.

Nuestras vocaciones respectivas se iluminan y complementan,<sup>2</sup> por eso estamos llamados a crecer juntos, ofreciéndonos ayuda y esperanza mutua.<sup>3</sup>

Ser una familia nos invita a ser creativos. Necesitamos buscar momentos de comunicación profunda, aprender a perdonarnos, fomentar espacios de formación, promover y cuidar nuestras vocaciones.

Estamos llamados a vivir en comunión con todas las fraternidades del Movimiento, con un claro sentido de internacionalidad.

## PROFETAS DE COMUNIÓN

---

Como maristas construimos fraternidad, siendo promotores de paz y comunión en nuestras profesiones y en nuestra vida cotidiana. Desde nuestra experiencia de Dios hacemos frente a las dificultades con paz y serenidad, tratando de unir y no de dividir.

---

<sup>1</sup> Cfr. *En torno a la misma mesa*, 73. <sup>2</sup>

*En torno a la misma mesa*, 78.

<sup>2</sup> Cfr. *En torno a la misma mesa*, 17.

<sup>3</sup> Carta abierta de *En torno a la misma mesa*.

<sup>5</sup> Cfr. *En torno a la misma mesa*, 144.

Impulsados por el Espíritu, sentimos que hermanos y laicos, al compartir la misma fe y el mismo carisma, ayudamos a que nazca un nuevo modelo eclesial, basado en la igual dignidad de todas las vocaciones cristianas y en la imagen de la Iglesia como Pueblo de Dios en comunión.<sup>5</sup>

Como profetas de comunión, nos implicamos en la Iglesia local. Y también nos abrimos al diálogo y la colaboración con personas de distintas tradiciones religiosas, especialmente en los lugares donde existe esta diversidad de credos.

## 2. EJERCICIO DE INTERIORIZACIÓN

*Buscando un momento sosegado y tranquilo, trata de reflexionar sobre estos aspectos. Escribir algo le puede ayudar a precisar su pensamiento y sus sentimientos.*

- ❖ **Describe tu fraternidad** a la luz de este compromiso del MCHF, 9: “Tanto en La Valla como más tarde en el Hermitage, Marcelino Champagnat, propuso a los hermanos que cultivaran en su vida el espíritu de familia de Nazaret. Es un espíritu que se caracteriza por la sencillez, la confianza, la alegría, la generosidad, la ternura, el perdón y la ayuda mutua”.

- ❖ Repase los componentes de su familia y de su fraternidad, y **dé gracias a Dios** por los que ayudan a crear familia, hogar, comunidad, fraternidad, comunión...

- ❖ De los números propuestos del Proyecto de Vida (9-11), **¿qué subrayados le gustaría hacer?**

### 3. TEXTOS COMPLEMENTARIOS

#### A. VIVIR CON OTROS EN COMUNIDAD

*Secretariado de Laicos*

##### **Vivir con otros: sentido de la persona.**

La persona es un-ser-en-relación-de comunión. Este ser **IGLESIA-COMUNIÓN** llamado persona humana se realiza en la medida en que entra en relación de comunión. Desde una visión cristiana del mundo, las cuatro categorías de seres con las cuales el hombre se pone en relación son: la naturaleza, él mismo, los demás y Dios. La calidad de la comunicación con estas cuatro categorías condiciona la calidad de nuestro ser y nuestra vida. En este sentido, cerrarse a la comunión es elegir el no ser. Nos necesitamos los unos a los otros.

El ser humano es un ser social que se realiza viviendo en relación con otros. La amistad, como el amor, es imprescindible para la plenitud y realización de la persona. Sin amistad verdadera no puede darse plenitud de vida. A través de la comunicación con los demás nos encontramos a nosotros mismos; en la comunicación auténtica con nosotros mismos nos encontramos con los demás.

El “otro” me hace existir. Descubro a los otros como sentido de mi vida. Aprecio la diferencia y la complementariedad. Soy aquello que doy, porque sólo se tiene aquello que se da. No hay solidez humana sin amor. Esto nos hace ciudadanos de una misma aldea. Surge de aquí el compromiso común por hacer la creación y la historia más humana y fraterna. Compromete a hacer que el mundo sea un poco más habitable.

##### **Vivir con otros la fe: exigencia evangélica.**

Como personas nos sentimos unidos con todos los hombres y mujeres de nuestro mundo con la misma vocación humana. La vocación a la vida como camino hacia la plenitud de toda persona, la sentimos como vocación común a todo ser humano. El designio de Dios es un proyecto de convivencia humana, de relacionalidad, de diálogo y comunicación, de respeto a las diferencias y a la libertad, en un clima de perdón y de reconciliación mutua. Es un proyecto de respeto a la creación, a la tierra, en sintonía con todos los seres y vivientes, en una fraternidad cósmica universal. Es un proyecto de solidaridad con todos los seres humanos, en especial con los marginados.

Compartir la misma fe nos hace sentirnos con-vocados por Dios. Sentirnos enviados al mundo a construir el Reino de comunión universal. Sentirnos signos del Dios-comunión. Vivir con otros la fe es vivir con el primado del amor. “A la tarde de la vida nos examinarán del amor”.



Amar, para el cristiano, no es un principio ético de conducta, sino la experiencia viva de ser amado por Dios mismo. El amor es comunión de vida, ya que él mismo es vida, y la vida es comunión. Comunión con Dios y con los hombres. No hay dos amores, el de Dios y el del prójimo, sino un mismo Espíritu que une el cielo y la tierra en el corazón de Dios.

No se puede seguir a Jesús en solitario. Tener fe es apoyarse en la fe de tus hermanos, y que tu fe sirva igualmente de apoyo para la de otros. La comunidad es necesaria para vivir la fe. No se trata, sin embargo, simplemente de una necesidad teológica, sino también sociológica: para vivir con integridad la vida cristiana hoy, en tiempos de intemperie, es cada vez más necesario pertenecer efectivamente a la comunidad. Quienes nos reunimos en la Eucaristía no estamos allí por ser simplemente conciudadanos, sino por y para ser hermanos.

### **Vivir con otros en comunidad**

La comunidad es el lugar de intercomunión de las personas. La comunidad engendra las personas y las personas engendran la comunidad. No se da la una sin la otra. Alguna forma de comunidad es esencial a todas las formas de vida humana. Dice un autor: Desde la más sana antropología y desde la más elemental visión evangélica de la vida, hemos de afirmar que la calidad de la convivencia es condición esencial para cultivar una buena calidad de vida, a nivel humano y a nivel evangélico. Para tener calidad de vida necesitamos los seres humanos una comunidad sana y saludable, una convivencia armoniosa, una comunicación que nos libre de nuestras soledades "deshabitadas".

La Asamblea de Mendes lo afirmó con claridad: Estamos llamados a trabajar juntos de una manera radical para anunciar el Reino de Dios a todos los niños y jóvenes, especialmente a los más pobres, creando espacios para: compartir la vida y para desarrollar diferentes formas de vida comunitaria. Crear comunidades maristas de vida que visible y significativamente evangelicen por su espíritu de familia y compromiso con la misión (cfr Misión).

Toda comunidad cristiana tiene bien reflejado su «código genético» en el NT, sobre todo en el libro de los Hechos de los Apóstoles. Estos son los rasgos más marcados de las primeras comunidades: Tienen viva conciencia de que el Espíritu está presente en ellas. Reunirse para escuchar y celebrar la Palabra, la Eucaristía y la oración común entra como pieza ineludible en el programa de su vida. Muestran un vivo sentido de fraternidad en virtud de la cual practican una generosa comunicación de sus bienes. Se dedican activamente a la mutua edificación. Entre sus miembros están abolidas las barreras sociales y culturales. Están igualmente excluidas las relaciones de dominio y de violencia. Se sienten diferentes del resto de la sociedad, aunque pertenecientes a ella y servidores. No obstante adoptan una actitud de resistencia cuando así lo pide la fidelidad al Evangelio. Su presencia causa sorpresa, admiración y agresividad. No son comunidades sin pecado: subsisten la ambición, los protagonismos, las rivalidades. Pero hay en ellos una fuerza que les induce a mantener su identidad, a vivir como comunidad alternativa y a ofrecer su testimonio a la sociedad.

## B. COMUNIÓN

---

*H. Charles Howard*

En el núcleo del Movimiento Champagnat está la unión de los hermanos y los miembros seculares, nuestra comunión en Cristo, viviendo «con vínculos de amor y de unidad»... «que sean todos uno, Padre, como tú y yo somos uno, para que el mundo crea que tú me has enviado» (Jn 17,21). No nos reunimos porque seamos buenos amigos y una excelente compañía mutua; hay algo más profundo: somos cristianos juntos, que compartimos la vida en el Espíritu, y un particular don que hemos heredado, el carisma del beato Marcelino.

La comunión, que es el elemento básico de la experiencia cristiana y marista, genera participación; de la participación surge el apoyo y la animación, y así vamos haciendo camino al andar. El Movimiento asegura tiempos para la reunión del grupo, y esos son momentos excelentes para afianzar la identidad y compartir la vida. Tenemos que tener presente, igualmente, que a medida que los grupos vayan avanzando y puedan asumir mayor autonomía a nosotros nos corresponde la responsabilidad de brindarles una presencia fraterna para ayudarles a encarnar el carisma que nosotros custodiamos. Ya he dicho anteriormente, al hablar de compartir espíritu y vida, que ésta era una dinámica que nos enriquecía mutuamente. El dar y el recibir son recíprocos. Nos beneficiamos tanto los hermanos como los miembros seculares. Muchos entre nosotros han vivido esa experiencia.



Siempre hemos otorgado un gran valor al talante abierto, la amistad, un rostro amable, la sencillez, la compasión, preocupación por los demás... todo lo que va implícito en nuestro espíritu de familia. Ahora tenemos que crear un espacio cordial dentro de nosotros para acoger a los miembros de la familia. Todos: jóvenes, viejos, y menos viejos; cada uno puede contribuir en su medida personal a edificar esa comunión que debe ser el alma del Movimiento Champagnat.

Habrà ocasiones en que será útil y valioso que los grupos se encuentren para compartir sus experiencias. La comunicación es buena para ir construyendo el Movimiento. Tendremos que preparar animadores en las Provincias o a escalas nacionales, y ofrecer otros servicios desde la Administración general. Aunque la mejor forma de avanzar será adaptar las estructuras a las necesidades locales.

No hace falta decir, hermanos, que el Movimiento Champagnat no tiene nada de elitista. Ya os imagináis lo que pensaría el padre Marcelino si así fuera... El Movimiento pone sus posibilidades al alcance de todo tipo de personas en el conjunto del tejido social. Surge como respuesta a las aspiraciones de los hombres y las mujeres de hoy, para enriquecer -como ya hemos venido diciendo- la espiritualidad y el sentido de misión entre los seculares. Llegará un momento en que quizá hayamos de abrirnos a otras perspectivas eclesiales: ¿puede el Movimiento Champagnat adquirir un carácter ecuménico?

Conviene destacar igualmente que el Movimiento no pretende disuadir a nadie que ya se sienta satisfecho con la forma en que está vinculado a los hermanos. Habrá personas que no aspiran a más. Y hay que evitarles la menor insinuación de que pertenecen a la Familia Marista en grado menor. Por ello, debemos mostrar gran delicadeza y especial sensibilidad al poner en marcha el Movimiento Champagnat. Es fundamental que desde el principio evitemos todo sentido de elitismo,



de pertenencia exclusiva, o de minoría selecta. La solución a este problema no se encuentra en ninguna fórmula; subyace en el recto criterio de cada uno, la preocupación y el respeto por todos los que nos acompañan de una manera plural.

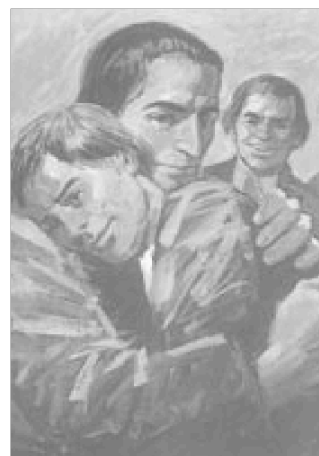
Antes he hecho referencia a la comunión en Cristo; y los lazos que estrechan esa unión son más extensos que el Movimiento Champagnat. No estamos impulsando un gueto, sino un grupo que debe sentirse en comunión con la Iglesia. Variarán los estilos de vinculación a tono con las circunstancias, pero tiene que reinar siempre un clima de apertura y colaboración.

### **El espíritu de familia**

Sabemos muy bien que, gracias a Marcelino Champagnat, hemos heredado un característico espíritu de familia que nos da un cierto tono común de amabilidad y sencillez. En los diferentes tipos de grupos con los que hemos trabajado en el pasado había frecuentemente un estilo de compartir la vida que se abría a nuevas posibilidades, proporcionaba apoyo personal, infundía simpatía, confianza y ánimos, enriquecía la vida de unos y otros. En diversos grados, esos grupos experimentaban la comunión que brota del corazón de la Iglesia y viene del amor providente de Dios a toda la humanidad. Ellos tuvieron su lugar donde alimentar la fe, un espacio para la entrega y el servicio.

Por tanto, no es extraño que poco a poco comenzásemos a hablar de tales grupos con la referencia de «Familia Marista». De alguna manera aquello caía por su propio peso, porque ese concepto está impreso ya en nuestra identidad de maristas.

Es decir, tenemos ya un sólido basamento sobre el que construir, y debemos dar gracias a Marcelino y a las generaciones de hermanos por ello. (Felizmente, otras muchas instituciones religiosas pueden decir lo mismo. No quisiera ofrecer una impresión de exclusividad en este terreno, aunque a veces quizá se nos escapa una cierta tendencia a hacerlo).



Pero quiero hacer hincapié en la importancia del momento presente, porque a muchos nos toca llevar a cabo una verdadera conversión de actitudes. He leído recientemente un comunicado emitido por el cardenal Kim de Seúl dirigiéndose a la Conferencia de obispos de Asia. Siempre que leo sus escritos veo en él a un hombre sencillo, profundo y retador. Decía a los prelados: «¿En qué forma tenemos que cambiar nosotros mismos para que nuestra vida se convierta en un auténtico testimonio de las Bienaventuranzas, en un "mensaje alegre de transformación y esperanza" que invite al seguimiento? Para ello primeramente hemos de creer, hemos de convertirnos, de manera que los demás lleguen también a la fe».